

862
PB

PA6629

A7

A19

v. 8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL — Imp. de la Comp. de Impr. y Libr.
San Bernardo, 92. — Teléfono 3.074



LAS DOS VENGADORAS

AL CONDE LEÓN TOLSTOY

HABÍA un hombre muy perseguido, no tanto por la suerte, como por los demás hombres sus prójimos, y especialmente por los que debieran profesarle cariño y tenerle ley. No parecía sino que, por negra fatalidad, á Zenón—que así se llamaba— toda miel se le volvía hiel, ó, mejor dicho, ponzoña. Sus hermanos, que eran dos, se concertaron para despojarle de la herencia paterna y le dejaron en la calle, sin más ropa que la puesta, sin techo ni lumbre. Casóse, y su mejor amigo le afrentó públicamente con su mujer; y como si no bastase, la vil pareja le acusó de falsario y forjó pruebas contra él, y logró que le sentenciasen á presidio, donde, inocente, arrastró largo tiempo el grillete de los criminales.

Aunque Zenón tenía al principio el alma abierta y generosa, el carácter noble y suma bondad, las traiciones, persecuciones y calumnias, el deshonor, los ultrajes y los desengaños

fueron ulcerando su espíritu y cambiando su ser de tal manera, que en vez de resignarse y perdonar, como perdonó el Maestro, sintió poco á poco crecer en su corazón un espantable deseo, una sed ardentísima de venganza. Ya no ansiaba cumplir el tiempo de su condena por ser libre y volver á la sociedad, sino por buscar ocasión de saciar la ira que gota á gota había ido destilando. Pasábase las noches en vela fraguando planes que ejecutaría al punto de terminarse su cautiverio. Con paciencia, hilo á hilo, iba tejiendo la trama, y restregándose las manos gozoso, decía para sí: "Hoy salgo y mañana vuelvo á la prisión, pero de esta vez vuelvo *por algo*, por haber pagado á mis enemigos con usura el mal que me hicieron. Inocente me encerraron aquí, y otra vez me encerrarán culpable, pero habiendo saboreado las delicias del desquite. Véngume yo, y álcese el patíbulo después.,"

Cumplió Zenón su tiempo y salió de las cárceles, resuelto á poner por obra sus airados propósitos. Lo primero que determinó fué pegar fuego á la casa solariega que le pertenecía y de donde sus hermanos le habían expulsado con dolo. Aprovecharía las sombras de la noche, y disfrazado de pordiosero, oculto en un cobertizo, esperaría á que todos se entregasen al descanso, obstruiría bien las cerraduras de puertas y ventanas, y cuando estuviesen en el descuido del primer sueño, prendería las virtas impregnadas de resina, á fin de que todo ardiese como yesca. Así que las llamas subiesen

muy altas y los clamores de los encerrados fuesen extinguiéndose (lo cual probaría que ya los tenía asfixiados el humo), Zenón huiría, yendo á introducirse secretamente en su propia casa, donde la falsa mujer y el mal amigo estarían juntos. Zenón conocía bien las entradas y salidas y podía deslizarse y esconderse sin ser observado de nadie. Compró un puñal, porque á estos deseaba verles morir y saborear las convulsiones de su agonía.

Así que se puso el sol, vistió sus ropas de mendigo, y apoyado en un palo tomó el camino de la casa que pensaba incendiar. Caminaba como el Destino, entre tinieblas más densas cada vez, cuando á una revuelta de la carretera advirtió cierta claridad misteriosa que alumbraba vivamente el paisaje, y se le aparecieron, juntas y cogidas de la mano, dos mujeres que formaban singular contraste.

Una era amarilla, escuálida, tan escuálida, que los huesos se entreparecían bajo la seca piel: tenía palmas de esqueleto, y al través de los polvorientos crespones negros que la cubrían, se notaba que carecía de seno y de toda redondez femenil; con la mano derecha empuñaba y esgrimía reluciente hoz.—La otra mujer era lozana, mórbida, colorada, blanca, y de un rubio encendido los cabellos: vestía gasas de mil colores, rojo, verde, rosa, azul, aunque pegada al cuerpo llevaba una túnica negrísima. Zenón miraba á las dos apariciones, como preguntando qué le querían, hasta que ambas dijeron á una voz: "Somos las Vengadoras y nos

presentamos para que elijas, entre las dos, la que creas más eficaz. „

—Yo—añadió la mujer escuálida—me llamo Muerte, y soy por ahora tu preferida. Has apelado á mí para vengarte de tus enemigos, y tienes resuelto carbonizar á los unos y coser á puñaladas á los otros. Heme aquí dispuesta á complacerte sin tardanza; así como así, poco trabajo me cuesta darte gusto, porque es cuestión de adelantar los sucesos: año arriba ó abajo, tus enemigos no podrán librarse de esta hoz que empuño.

—Escucha—intervino la lozana mujer;—antes de que te entregues á mi hermana, que te engatusará por lo sencillo y expeditivo de los recursos que emplea, atiéndeme á mí, y de seguro que yo seré la elegida. Para convencerte no necesito sino enseñarte los cuadros de mi linterna mágica. Abre los ojos, y mira bien.

Zenón miró, y sobre el fondo blanco del paño que extendía la mujer hermosa, vió agitarse las siluetas de sus aborrecidos hermanos. El menor echaba á hurtadillas una pulgarada de polvos blancos en la taza del mayor, y él mayor, después de haber bebido lo que contenía la taza, caía al suelo entre horrendas convulsiones; pero no moría; arrastrábase largo tiempo apoyado en un báculo, y en cada plato que le servía el menor, mezclaba nuevo tósigo, hasta que el envenenado se iba quedando imbécil, reducido á la idiotez, y abandonado de todos y cubierto de miseria espiraba en un rincón. Así que moría, su espectro comenzaba á aparecerse ensue-

ños al culpable, á quien Zenón veía erguirse en la cama, trémulo, con el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas. Cambió de personajes la linterna, y se destacaron las siluetas de la esposa y del amigo de Zenón: ella siguiendo á su querido como la sombra al cuerpo, abrasada en celos rabiosos, él procurando huir, lleno de hastío, de aquella amante ya marchita por la edad y las pasiones. Escondíase él, ó se pasaba el día en casa de otras mujeres, y ella lloraba, y sus lágrimas eran como gotas de fuego que abraban el paño donde caían. Ya cansado de que le espiasen y le acusasen, él se volvió, y Zenón fué testigo de cómo el seductor de su mujer la ponía en el rostro la mano...

—Esta será mi obra—pronunció la Vida solemnemente—si no se atraviesa mi hermana y me apaga la linterna. Ahora, tú dirás, Zenón, cuál de nosotras dos te conviene para Vengadora. ¿Sigues con el propósito de incendiar y acuchillar? ¿Quieres que te ayude la Muerte?

—No—respondió Zenón, que se limpió una lágrima.—Si la crueldad y el odio aún persistiesen en mí, lo que pediría á tu hermana sería que tardase muchos, muchos años en pasar el umbral de mis enemigos, y que te dejase á ti paso franco.

—Con tanta más razón—dijo irónicamente la Muerte, algo despechada, pues al fin es mujer, y no gusta de que la desairen—cuanto que yo, tarde ó temprano, no he de faltar, y que en mi danza general todos harán mudanza, sin que les valgan excusas.

.....
 Zenón escribió á sus enemigos para advertir-
 les que les perdonaba, y se retiró á un desier-
 to, donde vive cultivando la tierra y sin querer
 ver rostro humano.



LA MARIPOSA DE PEDRERÍA

ERASE que se era un mozo muy pobre, y vi-
 vía en una guardilla de las más angostas y
 desmanteladas de la gran capital. Los muebles
 del tugurio se reducían á dos sillas medio des-
 fondadas, un catre con ratonado jergón, una
 mesilla mugrienta, un tintero roñoso y un ana-
 fre comido de orín. El mozo—á quien llamaré
 Lupercio—cubría sus carnes con traje sutil de
 puro raído y capa ya transparente. Las botas,
 entreabiertas; por ropa blanca, cuatro andra-
 jos de lienzo; por corbata, un pingo. Así es que
 Lupercio sufría grandes fatigas y rubores, y
 cuando al salir á la calle para comprar un pa-
 necillo ó diez céntimos de leche se cruzaba con
 alguna niña bonita, limpia y bien puesta, ar-
 diente oleada de fuego le subía al rostro.

Para evitar el bochorno de que las mujeres
 se fijasen en su pergeño, sólo salía al anoche-
 cer, cuando es más fácil pasar inadvertido en-
 tre la gente que por las calles se codea y empu-
 ja. Entonces Lupercio, llevado por la marejada
 del gentío, veía y hasta rozaba cuerpos gallar-

dos, recibía el rayo de fulgurantes pupilas, sentía el roce eléctrico de la seda crujidora, y aspiraba bocanadas de finas esencias. Sus ojos ávidos seguían al tren de lujo, maceta de donde emergen, blandamente columpiadas, aristocráticas flores. Detrás de los vidrios de las tiendas alzábanse pirámides de botellas de vinos generosos, y la luz se filtraba al través de su vientre con reflejos de oro y de sangre. Otros escaparates presentaban el libro nuevo, gentil, de lustrosa cubierta, ó el rancio infolio, clave del pasado. Y Lupercio temblaba de fiebre, de ansia de amar, de gozar, de aprender, de vivir.

Una noche subió á su guardilleja más calenturiento que nunca. Encendió mortecina lámpara, abrió la ventana para que el tabuco se ventilase, y dejando caer la cabeza sobre la mano, poco tardó en rezumar por entre sus dedos lágrima abrasadora. Alzó la frente, miró al anafre, y se le ocurrió que en él estaba el remedio de cuantos males hay en el mundo. Estas cosas, lector amigo, de cien veces que se piensen, dígame en verdad que no se hacen una. Lupercio, que realmente estaba triste, triste hasta morir, de pronto cogió la pluma, la sepultó en el roñoso tintero, la paseó sobre un fragmento de papel... y salieron renglones desiguales, los primeros que había compuesto nunca. Cuando terminó la composición, ó lo que fuese, el mozo vió, á la luz de la mortecina lámpara, posado sobre su tintero un insecto extraño, fúlgido, deslumbrador, —una mariposa de pedrería.

Su abdomen era de una perla oriental; de esmeraldas su corselete; sus alas de rubies y brillantes, y al remate de sus antenas temblaban, como gotas de rocío, dos cristalinos solitarios de incomparable pureza. Lo más encantador de la mariposa es que, siendo de pedrería, estaba viva, pues al tender Lupercio la mano para cogerla, voló la mariposa y fué á posarse más lejos, á la orilla de la mesa. El mozo se quedó sobrecogido; si se empeñaba en cogerla, de fijo que la mariposa huiría por la ventana abierta. Renunciando á perseguir al resplandeciente insecto, Lupercio se contentó con admirarlo.

La mariposa tenía, sin duda alguna, luz propia, porque apartada de la escasa de la lámpara, centelleaba más, proyectando irisados reflejos sobre toda la guardilla. Y es el caso que, á la claridad emanada de la mariposa, así se transformaba la vivienda de Lupercio, que no la conocería nadie. Invisibles tapiceros revistieran las paredes de telas, cuadros, espejos y colgaduras; del techo pendían arañas de veneciano vidrio, y cubría el suelo alfombra turquesca de tres dedos de gordo. ¡Qué metamorfosis! En las gorgonas de Murano se deshojaban rosas; sobre un velador árabe tentaban el apetito frutas, dulces y refrescos; blandas melodías de laúd acariciaban el aire; y abriéndose sutilmente la puerta, una mujer, digo mal, una diosa, envuelta en gasas tenues y sin más tocado que las rubias hebras del febeo cabello, se adelantó, tomó del velador una granada entreabierta, reventando en granos de púrpura, y se la ofreció á

Lupercio con lánguida sonrisa... Todo este misterio duró hasta que la mariposa, desde el borde de la ventana, alzó su vuelo, perdiéndose en la obscuridad de la noche.

Aunque al volar la mariposa de pedrería la guardilleja volvió á su pristina y natural fealdad, miseria y desaliño, desde aquel día Lupercio no pensó en la muerte. Tenía un interés, una espezanza: que repitese su visita la encantada bestezuela. Y la repitió, en efecto, al conjuro de la pluma mojada en tinta y los renglones desiguales. Volvió la mariposa, y esta vez convirtió la guardilla en jardín tropical, poblado de naranjos y palmeras, donde vírgenes africanas ofrecían á Lupercio agua fría en ánforas rojas estriadas de plata y azul.—Así que se habituó á responder al conjuro, la mariposa fué transformando la mansión de Lupercio, ya en gruta oceánica, con náyades, corales y espumas, ya en bahía polar que alumbra boreal aurora, ya en patio de la Alhambra, con arrayanes y fuentes de mármol, donde se leen versículos del Korán, ya en camarín gótico, dorado como un relicario...

Mientras tanto, un periódico imprimía los versos de Lupercio (porque versos eran—ya es hora de confesarlo—), y poco á poco los fué conociendo, estimando y luego admirando el público. Tras la admiración y el aplauso del público vino la envidia de los rivales, la curiosidad de los poderosos y la protección de algunos más inteligentes; con la protección, un poco de bienestar; luego algo que pudiera llamarse desaho-

go, y, por último, una serie de felices circunstancias,—herencia, lotería, negocios,—la riqueza. Lupercio vivió, amó, gozó, rodó en carruaje al lado de pulcras damiselas, con trajes de seda de eléctrico roce.... y no necesito decir que, impulsado por el aura de la fortuna, fué bajando, primero de su guardilla al piso segundo, después, del segundo al primero, hasta que resolvió construir para su residencia un lindo palacio, á orillas del mar, en Italia. Había en él jardines, salones, tapicerías, brocados, alfombras, objetos de arte, en suma, cuanto pudo soñar Lupercio en la guardilla de los años juveniles.

Sin embargo, su mujer, sus hijos, sus amigos, sus criados, le veían cabizbajo, abatido, deshecho, y notaban que de día en día se iba agriando su carácter, y ennegreciéndose su humor, y rebosando en él tedio y hastío. Nadie se explicaba el cambio, porque nadie sabía que la mariposa de piedras, la maga de la guardilla, la que también había frecuentado el piso segundo y honrado alguna que otra vez el principal, no se dignaba apoyar sus patitas de esmalte en el reborde de las ventanas del palacio, abiertas siempre, en verano como en invierno, para dejarle franca la entrada.

Lupercio se ponía de pechos en la rica balconada de mármol que dominaba el jardín, y desde la cual se divisaba la extensión del golfo de Nápoles y se oía el murmurio de sus aguas, y miraba á las estrellas por sí de alguna iba á bajar la mariposa; pero las estrellas titilaban in-

diferentes, y de mariposa, ni rastro. Lupercio abría á centenares botellas de generosos vinos—de aquellos que en la mocedad le tentaban como un sueño irrealizable,—y en el fondo espumoso del cristal no dormía la mariposa tampoco. Lupercio comía granadas con algunas risueñas beldades muy aficionadas á la fruta, y tampoco en el seno de púrpura se ocultaba la mariposa maldita, la de las alas de rubies...

¿Que si había muerto? ¡Para morir estaba ella! Sabe, ¡oh lector!, que las mariposas de pedrería son inmortales. Sólo que la tunanta no tenía ganas de perder el tiempo con gente machucha, y andaba transformando en palacio, jardín ó edén otro domicilio modesto, donde un mozo soñador garrapateaba no sé si verso ó prosa...



EL RUIDO ¹

CAMILO de Lelis había conseguido disfrutar la mayor parte de los bienes á que se aspira en el mundo y que suelen ambicionar los hombres. Dueño de saneado caudal, bien visto en sociedad por sus escogidas relaciones y aristocrática parentela, mimado de las damas, indicado ya para un puesto político, se reveló á los veintiséis años poeta selecto, de esos que riman contados perfectísimos renglones y con ellos se ganan la calurosa aprobación de los inteligentes, la admirativa efusión del vulgo y hasta el venenoso homenaje de la envidia. Sobre la cabeza privilegiada de Camilo derramó la celebridad su unguento de nardo, y halagüeño murmullo acogió su nombre dondequiera que se pronunciaba. Abríase ante Camilo horizonte claro y extenso; la única nubecilla que en él se divisaba era tamaña como una lenteja. No obstante, el marino práctico la llamaría anuncio de tempestad.

Para comprender la trascendencia de la nu-

¹ El insigne escritor francés Julio de Goncourt pensó escribir un cuento sobre este asunto, pero no llegó á verificarlo. Perdónesele lo atrevido de la sustitución.

becilla, conviene saber que la originalidad literaria de Camilo consistía en una tan delicada, refinada y exquisita construcción del período, que las palabras, engarzadas como eslabones de primorosa cadena de esmalte, se realzaban unas á otras y hacían música como de agua corriente ó de arpas estremecidas por el viento y que despiden sonos aéreos, prolongados y dulcísimos. El efecto que las rimas de Camilo producían en el lector era el de una vibración lenta y profunda, suave y embelesadora. Diríase que los tales versos nacían hechos, ordenados sin esfuerzo alguno por el instinto, como producto natural de la espontaneidad de un gran artista: mas lejos de ser así, Camilo de Lelis, premioso, exigente consigo mismo é idólatra de la forma pura, desdeñando por ella la realidad, dedicaba, no sólo á cada frase, sino á la elección de cada verbo, horas de reflexión, de trabajo mnemotécnico, repasando las palabras que más halagan el oído, buscando el adjetivo plástico que pone de manifiesto casi visiblemente la línea el color y el relieve de los objetos, aunque no engendre el inefable y espiritual goce de sentir, pensar y soñar.

Ello es que al joven poeta le costaba sudor de sangre cada renglón. Y fué lo malo que, cuando se hubo embriagado con los elogios tributados á la factura de sus primeros poemas, aún refinó más la de los siguientes, y los cinceló con rabia, con encarnizamiento, encerrándose en su gabinete de estudio y negándose á salir, hasta para comer, mientras no encontrase el

efecto de sonoridad ó de dulzura que recreaba su oído de melómano. No tardó mucho en notar cómo le era imposible semejante labor en aquel pícaro gabinete, donde se oían todos los ruidos de la calle céntrica: paso de ómnibus y tranvías, que hacían retemblar las vidrieras; rodar atronador de coches, que imponían al pavimento viva y momentánea trepidación; pregones de verduleras, que rompían con entonaciones ásperas y guturales las cadencias de sílabas que arrullaban á Camilo; riñas callejeras; trotadas de caballo; rebuznos asnales y pianos mecánicos, más insufribles aún que los rebuznos. Al principio, estos ruidos importunaban al escritor, como importuna una sensación de conjunto, la bárbara irrupción de una murga, el vocerío de una feria; pero así que fijó su atención en el hecho de que la calle era bulliciosa, infernalmente estrepitosa, notó con angustia que cada ruido se destacaba de los demás y se precisaba y definía, obstruyéndole el cerebro y no permitiéndole torner un solo verso. Los tranvías le pasaban por las sienas; los coches rodaban sobre su tímpano; los apremiantes pregones, los apasionados y rijosos rebuznos parecían feroces gritos de guerra; las tocatas de los pianos eran gatos de erizada pelambre, que sobre la mesa de escritorio bufaban enzarzados, ó trocaban mayadas ternezas.

Crispado y dolorido ya, Camilo de Lelis recordó que tenía dinero y podía permitirse el lujo de un estudio silencioso. Gastó varios días en recorrer la capital, hasta que en un barrio

límitrofe con el campo descubrió una casita ó más bien hotel, de estos á la malicia que ahora se usan, que por lo retirado del movimiento y tráfago de las calles y por el jardincillo que tenía al frente, pareció al artista el refugio que soñaba. Realizó la mudanza con apresuramiento febril; instaló sus libros, sus muebles tallados, sus cacharros, sus damasquinas armas y bordadas telas, — porque Camilo necesitaba verse rodeado de atmósfera de elegancia para trabajar, — y cuando todo estuvo en orden, antecogió las cuartillas y enristró la pluma. Apenas llevaba trazadas las tres estrellas, único título del poema que proyectaba, agitóse convulso en el sillón como si hubiese recibido eléctrica corriente. Era que de la calle desierta, abriéndose paso por entre las éticas lilas y los polvorientos *evónimus*, entraba una especie de gorjeo infantil, entrecortado de risas, de chillidos gozosos, de monosílabos palpitantes de curiosidad: en suma, la charla fresca de unos chicos que delante de la verja jugaban á la rayuela con cascós de teja, despojos de la tejera próxima.

El poeta se llevó las manos á las sienes, y poco después, como el parloteo de los gurriatos no cesaba, cogió el tintero y lo arrojó contra la pared, lo cual prueba que la cabeza de Camilo de Lelis empezaba á trastornarse. Sin embargo, resolvió esperar á la noche, hora del silencio, según todos los vates clásicos, y así que las tinieblas colgaron sus pabellones de crespón, he aquí que vuelve á llamar á la

musa... Y cuando mentalmente apareaba el consonante del primer verso con el del tercero, — como quien apareaba soberbias perlas para pendientes de una hermosa, — oyó otra vez rumor junto á la verja... No como antes, espontáneo, regocijado y bullicioso, sino reprimido, suave, tímido, dialogado, interrumpido de tiempo en tiempo por calderones que estremecían y exaltaban hasta el paroxismo el cerebro del que oía... ¡Dos enamorados! ¡Una parejal! ¡Allí! El poeta se puso á renegar del amor, lo mismo que si el arte no existiese por él y para él... Y á la mañana siguiente Camilo de Lelis tomaba el tren y buscaba en la soledad de una provincia retiro bronco, la guarida de una fiera montés.

Hallóla á medida del deseo. Era, en la vertiente de una montaña, un conventillo en ruinas, donde mandó hacer los reparos necesarios para dejarlo habitable. Encerróse allí sin más compañía que una anciana criada. Parecía aquello el mismo palacio del Silencio augusto y reparador; y el poeta, al entrar en su mansión romántica, suspiró de gozo, y se puso á escuchar las mudas armonías del desierto. — Cuando pensaba saborear la callada paz de la atmósfera, el canto de un gallo resonó, imperioso y clarísimo. ¡Aquí de Dios! Al punto se le retorció el pescuezo al gallo; pero el sacrificio fué estéril, y Camilo no tardó en convencerse de que el viejo conventillo era cien veces más ruidoso que las calles de la corte. Sordos arrullos de palomas torcaces; correrías de ratones por los desvanes oscuros; zumbido de

abejas que entraban por la ventana; coros de árboles agitados por el viento, y, sobre todo, el eterno plañir de la cascada, que desplomándose de lo alto de la roca al fondo del valle, deshecha en irrestañable llanto, inundaba de desesperación el alma del artista, ya reducido á la impotencia y presa en breve de la insania.

.....
 A los treinta años, casi olvidado de sus admiradores de un día, Camilo de Lelis espiraba en el manicomio. Su primera impresión, al encontrarse en el nicho, fué,—no se admire el lector,—de inmenso bienestar. Por fin habían cesado los malditos ruidos de la tierra, por fin su cerebro no sentía las horribles punzadas de agujas candentes y los tenazazos que por el oído llegaban á las últimas células de la sustancia gris... ¡Qué hermoso silencio absoluto, eterno, sin límites, como Océano extendido desde lo infinito terrestre á lo infinito celestial!

De pronto... ¡No, si no puede ser! ¿Se concibe que existan ruidos dentro de una tumba, que atraviesen las paredes de un nicho, la espesura de una caja de zinc y de un recio ataúd forrado de paño grueso? No se concebirá, pero lo cierto es que algo suena... Camilo de Lelis se estremece, quiere incorporarse, quiere gemir... El ruido que le quita las dulzuras del perenne reposo es la fermentación que comienza, son los gusanos, que no tardarán en pulular sobre su pobre cuerpo... ¡Tampoco el sepulcro está solitario, y el adorador de la pura é inalterable Forma encuentra en él á su enemiga la Vida!



REMORDIMIENTO

Conocí en su vejez á un famoso calaverón que vivía solitario, y al parecer tranquilo, en una soberbia casa, cuidándose mucho y con un criado para cada dedo, porque la fortuna—caprichosa á fuer de mujer, diría algún escritor de esos que están tan seguros del sexo de la fortuna como yo del del mosquito que me crucificó esta noche—había dispuesto (sigo refiriéndome á la fortuna) que aquel perdulario derrochase primero su legítima, después las de sus hermanos, que murieron jóvenes, luego la de una tía solterona, y al cabo la de un tutor opulento y chocho por su pupilo. Y, por último, volvió á ponerle á flote el juego ú otras granjerías que se ignoran, cuando ya había penetrado en su cabeza la noción de que es bueno conservar algo para los años tristes. Desde que mi calavera (llamábase el vizconde de Tresmes) llegó á persuadirse de que interesaba á su felicidad no morir en el hospital, cuidó de su hacienda con la perseverancia del egoísmo, y no hubo capital mejor regido y conservado. Por eso, al tiempo que yo conocí al vizconde—poco antes de que